

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja. Propuesta Ecosistémica a través de un caso clínico

María L. Christensen¹

Resumen

En este artículo, se propondrá un análisis *comparativo* entre cinco perspectivas histórico-sociológicas acerca del amor, a saber: el amor como Pasión Irracional; el amor como Mérito; el amor como Intimidad Verbalizada; el amor como Diversión; el amor como Ecología de la Confirmación. Se planteará, inicialmente, que dichas concepciones forman, en la actualidad, un *crisol conceptual* en el cual se mezclan y se funden, operando como sesgos o puntos ciegos que estructuran las formas de observación y descripción de las relaciones de pareja. Posteriormente, se formulará la hipótesis de que, en muchos casos, la coexistencia de tales modelos de amor resulta tensa y *conflictiva*. Finalmente, se reflexionará sobre dicha conjetura a la luz de un ejemplo clínico, del cual se presentará una breve relatoría. El artículo tiene como objetivo principal destacar la fertilidad de un enfoque *ecosistémico* del amor, ensayando metáforas que aludan más al contexto *relacional* de la pareja que a los individuos considerados aisladamente.

Palabras Claves: Amor - Crisol Conceptual - Perspectiva Ecosistémica - Incubadora relacional

The Sociological Polysemy of "Love" and Couple Relationships. Ecosystem Proposal through a Clinical Case

Abstract

In this article, it will be presented a *comparative* analysis between five historical and sociological perspectives about love, namely: love as an Irrational Passion; love as Merit; love as a Verbalized Intimacy; love as Fun; Love as Ecology of Confirmation. It will be proposed, initially, that these conceptions currently form a *conceptual melting pot* in which they are mixed and melted, operating as biases or blind spots that structure the forms of observation and description of couple relationships. Subsequently, the hypothesis will be formulated that, in many cases, the coexistence of such love models is tense and *conflicting*. Finally, we will reflect on this conjecture in the light of a clinical example, of which a brief report will be offered. The main objective of the article is to highlight the fertility of an *ecosystem* approach to love, trying metaphors that allude more to the *relational* context of the couple than to individuals considered in isolation.

Keywords: Love - Conceptual Melting Pot - Ecological Perspective - Relational Incubator

Introducción

Referirse al concepto de amor en singular (“el” amor) no refleja la densa polisemia que lo atraviesa. Podría pensarse que rumiar acerca de sus significados es mero entretenimiento filológico, pero, en verdad, detrás de cada definición de amor, hay marcos de comprensión desde los cuales se experimentan las vivencias más concretas y desgarradoras. En ese sentido, el lenguaje punza con toda su furia en la estructura misma del acto relacional.

No obstante, este artículo no tiene como principal objetivo la revisión exhaustiva de la multivocidad definicional del amor (lo cual ya ha sido explorado en abundancia por diferentes autores¹). Más bien se propondrá, como idea

rectora, un análisis *comparativo* entre cinco perspectivas acerca del amor, para luego plantear la hipótesis siguiente, a saber: que dichas concepciones no son excluyentes, sino que *coexisten* incluso en el mapa relacional de una misma persona en un momento determinado, pudiéndose dar tal confluencia de manera paradójica y desconcertante. Tal hipótesis será reflexionada a la luz de un caso clínico, que se expondrá mediante una breve relatoría.

Los múltiples mapas del amor: Crisol Conceptual

¹ Universidad de Guanajuato, México. CONACYT. E-mail: mlchris_mex@hotmail.com

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

Parafraseando a Alfred Korzybski, advertía Gregory Bateson que “el mapa no es el territorio” (1979, p. 30). Con ello, pretendía decir que hay muchos más mapas que territorios, muchas más representaciones que cosas representadas. Los marcos teóricos desde los cuales se habla del amor no son la excepción: hay un enorme abanico de ideologías, tanto si se hace un recorrido por la historia de las culturas como por la diversidad antropológica de las formas de vida. Para hablar de la multiversidad del amor, se ofrecerá aquí la metáfora de un *crisol conceptual*. Un crisol es, básicamente, un cuenco refractario altamente resistente a las temperaturas. Por esas propiedades, los cuencos son usados para la fundición de diferentes metales, como el oro y el níquel. Por lo tanto, hay dos características que hacen a la metáfora especialmente fértil: su capacidad de albergar una *mezcla* y su capacidad de *fundirla*. Simbólicamente, con las concepciones del amor ocurre precisamente esto: se mezclan y se funden, al punto que podríamos hablar del campo semántico del amor como un *crisol conceptual*.

Ahora bien, la pluralidad de modelos sobre el amor no implica, por supuesto, que todos y cada uno influyan en el mismo grado o de la misma manera sobre las relaciones particulares. Tampoco significa que exista una elección *deliberada* sobre cómo entender el amor. Dichas cosmovisiones operan, más bien, en forma de *sesgos* o *puntos ciegos* (que inducen a observar el amor bajo preconcepciones no identificadas explícitamente). Cada concepción arrastra un conjunto de parámetros evaluativos sobre lo que el amor es (y lo que no es), a la vez que modela las anticipaciones sobre qué esperar (y qué no esperar) de una relación de amor. Como se verá más adelante, en medio de esa confluencia se suscitan las geografías relacionales más *contradictorias*².

El amor desde cinco cosmovisiones distintas

En esta sección, se ofrecerá un contraste entre las siguientes concepciones sociológicas acerca del amor: 1) El amor como Pasión Irracional; 2) El amor como Mérito; 3) El amor como Intimidad Verbalizada; 4) El amor como Diversión; 5) El amor como Ecología de la Confirmación.

1) *El amor como pasión irracional*

Desde esta perspectiva, el amor es una entidad autónoma, algo que ocurre de forma espontánea e independiente de la voluntad. Afirma Julio Cortázar en *Rayuela* (1963): “Como

si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio” (cap. 93). Las metáforas acerca del amor como una pasión irracional, incontrolable, impredecible, involuntaria e inconsciente abundan en la literatura clásica, en la novela romántica, en el cine, en la narrativa musical y en la gran industria del amor sintetizada emblemáticamente en la figura de “Cupido”. Se trata de una fuerza abrasadora que todo lo consume, una fuerza que magnetiza (“atracción irresistible”), que enloquece y que, en un punto extremo, arrastra a la muerte (“amores que matan”). El “flechazo” no es racionalizable: se ama a alguien sin explicación, sólo por el hecho de su existencia, incluso cuando resultara socialmente desventajoso (Illouz, 2009). Así entendida, una relación amorosa no está fundada en una lógica del intercambio sino de la *gratuidad*: se da sin esperar nada a cambio, ya que el amor es desinteresado. Se ambiciona la fusión, la unión simbiótica, a través de la cual dos se conviertan en uno. Como experiencia que no deriva de razones, es un éxtasis emocional incomunicable, inefable (Illouz, 2009).

En este marco de ideas, el discurso amoroso encarna valores anteriormente reservados a la conexión *sagrada* con lo divino: se tiene hacia el ser amado una *devoción*: el verdadero amor es puro, eterno, incondicional, mártir, infinito, sublime, inmaculado, todopoderoso (Illouz, 2009). Tales premisas naturalizan la legitimidad de prácticas sociales románticas que albergan características típicas de los ritos religiosos: el *tiempo* de la pareja amorosa es santificado (como dice el bolero: “reloj no marques las horas, porque voy a enloquecer, ella se irá para siempre, cuando amanezca otra vez”³). También lo es el *espacio* (“nido de amor”), la ornamentación (cualquiera podría identificar fácilmente un restaurante “romántico” o un regalo “romántico”; hay sitios que son “más románticos” que otros, ideales para una “luna de miel”). La pareja celebra rituales que evocan las festividades religiosas en el sentido de que suponen una preparación especial (vestimenta, gastronomía, *souvenires*, diseño, decoración, etcétera). Así ocurre con los rituales como la boda, los aniversarios, el día de los enamorados, entre otros.

Ahora, si la relación de pareja puede considerarse como una sustitución *secularizada* de la “conexión sagrada” (una nueva “teología romántica”), se entiende que quede imbuida de una supremacía inigualable. La relación amorosa se vuelve una especie de experiencia redentora, en la que el Otro debe serlo *Todo*. La pareja adquiere un lugar privilegiado en la espiritualidad del ser humano. En el movimiento romántico, la narrativa del “Gran amor” representa tanto la *revelación* imprevista de que el ser amado es el *único* a quien

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

se ama (con fe casi religiosa) como también la expectativa de una especie de salvación secular: el flechazo o “amor a primera vista” es el inicio de un futuro juntos, un proyecto de salvación recíproca (Illouz, 2009).

2) *El Amor como Mérito*

En abierto contraste con la concepción del amor-pasión, la idea del amor como “mérito” se inscribe dentro de la racionalización del *interés individual*. El ideal de la pareja como “dupla productiva” ha florecido dentro de un esquema de pensamiento regido principalmente por una lógica de *intercambio* en la que priva el cálculo de pérdidas y ganancias (Fromm, 1956).

Tal arquetipo está enclavado en una matriz valorativa que exagera la importancia del esfuerzo, el compromiso, la responsabilidad y el control consciente. En este orden de cosas, la retórica que inunda el terreno narrativo es más bien empresarial (en sentido amplio): por ejemplo, se repetirá hasta el cansancio que la factibilidad de una relación depende de haber sentado correctamente los cimientos de la *sociedad contractual* que es la pareja, para lo cual se requiere *invertir* tiempo y energía. También se afirmará que las parejas “efectivas” constituyen un *equipo de trabajo* que persigue un proyecto compartido y que espera obtener logros y ventajas. Así, se supone que el manejo de las estrategias que funcionan eficazmente en el ámbito interpersonal de la empresa (donde nadie quiere perder) puede ser un referente para aprender a gestionar las competencias conyugales. Por lo tanto, se infiere que el éxito del vínculo amoroso es en gran medida controlable y adjudicable al *mérito* que cada uno realice para gratificar sus necesidades a través de la relación (Illouz, 2009).

El cálculo comparativo entre costo y beneficio se vuelve, en la pareja, una práctica no sólo común, sino *recomendable* (y *ad hoc* con la generalizada tendencia de las relaciones sociales hacia un “individualismo utilitarista” en el cual el Otro vale en la medida en que satisfaga las necesidades de uno). Asimismo, se supondrá que, cuando las necesidades no sean compatibilizables, deberán afrontarse mediante un proceso de *negociación* en el que se tengan en cuenta los intereses de ambas partes. Las habilidades para negociar (que implican, sobre todo, aprender a conceder, pero sin desempoderarse) son consideradas como una herramienta clave en la solución de problemas de la pareja. De hecho, la negociación de las diferencias conlleva un elevadísimo control y autocontrol de las emociones, las ideas y las acciones, cuyo ideal es el

empoderamiento dentro y fuera de la relación de pareja (Frank, 1988). En gran medida, el ceder es un movimiento lógicamente planeado para perder lo menos posible; el intercambio equitativo está en la noción misma de “pareja” (estar parejos, emparejarse). Esta “ética romántica” es mucho más teleológica o instrumental que afectiva o valorativa. Pregona una racionalidad fría que exalta la seguridad, la autoconfianza, la persuasión, la autonomía y la autodeterminación, entre otros estandartes enraizados en la ideología productiva de la ética protestante, base de las sociedades capitalistas (Illouz, 2009).

De esta forma, el amor no se asienta en el nivel de *lo que acaece*, sino en el nivel de *lo que se logra*. El fracaso amoroso se vuelve una consecuencia del mal manejo de la relación (así como el fracaso comercial se debe a una mala gestión del proceso productivo o distributivo). Es decir, la relación malograda tiene una explicación *racional*, como también pudiera tener una resolución racional (si se la trabajara adecuadamente). Por lo tanto, si cada quien tiene la relación que se ha procurado, la cuestión de la *autosuficiencia* se vuelve central: así como la *autosuficiencia* económica depende del camino de autosuperación que cada quien se haya trazado (y del amor propio que uno se tenga), también la autosuficiencia emocional dependerá de cuánto haya uno trabajado sobre sí mismo y sobre la relación (Illouz, 2009).

Se asumirá que el amor como mero sentimiento es inmaduro e infantilizado, mientras que el amor como acoplamiento basado en el esfuerzo es maduro y adulto. El amar a alguien se funda en la creencia racional de que la relación no debe amenazar el bienestar individual, e incluso debe aumentarlo. Por ello es indispensable que los miembros de la pareja sepan hacer una evaluación *correcta* de la relación (que arranca por una elección correcta del candidato, como cuando se reclutan recursos humanos). En esta concepción, hay una premisa esencialista acerca de la condición humana: se supone que la persona *es* un conjunto de propiedades identificables, designables, comparables y compensables. Para que la relación sea viable, tales cualidades de cada uno de los miembros de la pareja deben ser combinables. Por ello, la exigencia de *compatibilidad de caracteres* adquiere tanto relieve como predictor del buen funcionamiento de la relación (Illouz, 2009).

3) *El Amor como Intimidación Psicologizada*

Mientras que el “amor interesado” se enmarca en la racionalidad *económica* del

intercambio, el “amor psicologizado” se sitúa en el contexto de la supuesta racionalidad *cognitiva* de la ciencia. La contradicción cultural entre el amor irracional y el amor hiperracionalizado es mediatizada por los “nuevos profetas” de la millonaria industria de la autoayuda, muchos de ellos presentándose como “expertos” en las relaciones de pareja. En las últimas décadas ha surgido un *ethos terapéutico* que ha mercantilizado a más no poder el campo de los problemas conyugales (Illouz, 2010), vendiendo en los medios de comunicación la utopía de que las relaciones amorosas pueden estudiarse *científicamente*, y que los problemas que se suscitan en su dinámica son susceptibles de una solución técnica. Conceptos tales como “amor tóxico” o “patrón disfuncional” aluden a la premisa según la cual hay relaciones *sanas* y relaciones *enfermas*. Esta demarcación entre lo normal y lo patológico es frecuentemente tratada como si hubiera una distinción *natural* y *objetiva* entre una relación *normal* y otra que no lo es. La mayoría de las propuestas esgrimidas en *best-sellers*, *podcast Talk*, o en *Reality Talks* tienen una función *correctiva-normativa*, en el sentido de que sus presuntas investigaciones “científicas” son presentadas y popularizadas como un *deber-ser*. Las investigaciones académicas son citadas una y otra vez como respaldo de los interminables consejos que los “especialistas” ofrecen en los diferentes medios de divulgación (por ejemplo, columnistas en revistas femeninas, o profesionales invitados a alguna sección de salud mental en programas de televisión o de radio en Internet, o simplemente conferencistas mediáticos que atraen una enorme masa de asistentes). Muchas de las supuestas verdades que presentan como “descubrimientos científicos” son afirmaciones de alto contenido *moral* (Illouz, 2007, 2009, 2010), que inducen a que las personas mismas se autodiagnostiquen e inspeccionen sus “relaciones enfermas”.

El amor, desde esta óptica racionalizada, está muy lejos de ser un mero sentimiento: es un método para el “crecimiento o desarrollo personal”, un camino hacia la “autorrealización”. El enfoque *terapéutico* invita a un autoexamen permanente: al paciente o usuario/lector se le debe enseñar a decodificar su mapa emocional; debe aprender a volverse un observador de sus propias relaciones, escrutar con la mayor objetividad posible sus errores y defectos en sus conductas románticas, someter a crítica las designaciones que le ha dado anteriormente a sus estados emocionales, y seguir rigurosamente las instrucciones de los expertos para librarse de la tiranía del autoengaño y de las disfuncionalidades largamente repetidas. La *introspección* se vuelve un dispositivo epistémico decisivo para este ejercicio: uno en su pareja

debería actuar como lo hace el científico cuando investiga: aislando un objeto de estudio (la relación), identificando regularidades (patrones disfuncionales), estableciendo correlaciones, hallando una variable causal, y actuando luego sobre el problema. Esto puede requerir, por supuesto, ayuda del profesional y una gigantesca dosis de fuerza de voluntad para aprender a “hablar correctamente del amor”. No dominar un lenguaje “terapeutizado” puede inducir a ser tratado como un “analfabeto emocional”. La capacidad de “ser locuaz” es indispensable para *hablar* sobre las propias emociones, necesidades, gustos y expectativas. Tal locuacidad ha devenido, prácticamente, un motor de las relaciones gratificadoras y plenas; incluso ha llegado a verse como predictor de una relación sana, modelo de comunicación emocional y determinante del grado de *proximidad-intimidad* que se pueda alcanzar en la pareja (Illouz, 2007, 2009, 2010).

Sin embargo, lo que constituye ese “saber hablar” es, muchas veces, una “intimidación verbalizada” a través de la cual se busca acceder a la autenticidad del yo, mediante un viaje de “autoconocimiento” y “autorrevelación”. Pero esa conversación auténtica en realidad está guionada por un ideal de “relación sana”, que arrastra consigo otro ideal, el de la “buena conversación” (el cual se considera inestimable para explorar la ansiada “compatibilidad” de caracteres y hacer una correcta elección). En el proceso de conocer a la pareja, se supone que ha de reunirse la mayor cantidad de información posible para el cálculo de compatibilidad de gustos, valores y estilos de vida. A mayor conversación de este tipo, mayor autoconocimiento, mayor acceso a la identidad, mayor autorrevelación e intimidación (Illouz, 2007). La racionalidad *comunicativa* (encarnada en la “compatibilidad” del *capital lingüístico*, educativo, intelectual y simbólico-expresivo, según Bordieu, 1991) ha llegado a contrarrestar la racionalidad *económica* que caracterizaba la formación de las parejas en épocas anteriores (Illouz, 2009, 2010). Así, el romance en las sociedades logocéntricas actuales sigue procurando mantener la homogeneización social, pero entendida esta como la consecución de relaciones entre personas que tienen una afinidad a nivel del “autocultivo espiritual”, de la “inteligencia emocional”, y del “crecimiento o desarrollo personal”; el nivel de consumo de autoayuda se ha vuelto un parámetro privilegiado en la elección de pareja.

4) *El amor como diversión*

En la tradición del amor romántico, el relato del “Gran Amor” combina dos características en apariencia irreconciliables: es un amor pasional,

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

irracional (excitante, de alta intensidad), y lo es para toda la vida (único, irremplazable). En ese imaginario, el único final posible es la muerte o la separación involuntaria de los amantes (porque, si no fuera así, los enamorados deberían resolver la contradicción entre el placer de la novedad y el placer de la estabilidad (Hirschman, 1979; Illouz, 2009). ¿Cómo harían para mantener viva esa pasión que, por definición, es efímera?

Actualmente, no se dudaría en sostener que esa “pasión desenfrenada” no es sino atracción sexual, y que puede accederse a ella sin que necesariamente represente una relación de “amor” formalizada o duradera. En la cultura posmoderna, el *amorío* designa un tipo de relación caracterizada precisamente por ser imprevista, repetible, renovable, novedosa, excitante, y transitoria (Illouz, 2009; Bauman, 2005). El amorío es una experiencia fundamentalmente *hedonista*, ya que identifica lo bueno con lo placentero; en la sociedad de consumo, además, lo placentero se asocia con lo inusual, mientras que lo ya conocido conlleva al aburrimiento (Illouz, 2007, 2009). La experiencia del consumo reafirma no sólo la identidad de la persona como sujeto *deseante*, sino también como sujeto en posibilidad de elegir. Pero, además, las nuevas formas -tecnologizadas- de conocer a los potenciales candidatos para pareja abre un amplio menú de opciones donde antes había sólo unas pocas. El mercado amoroso contemporáneo ofrece una vastísima variedad de posibilidades, a la vez que crea la responsabilidad de informarse suficientemente para realizar la mejor elección. Un hecho destacado es el de los sitios web de citas, en los cuales se puede navegar para recorrer un océano de opciones, análogo a la búsqueda en un catálogo en línea, o un típico “paseo de compras” en un centro comercial (Illouz, 2007, 2009; Lipovetzky, 2007, 2008). Los aspectos emocionales del amorío son, así, comparables al acto de consumir bienes o servicios, sólo que en este caso lo que se consumen son relaciones (Lipovetzky, 2007, 2008, 2009).

A diferencia de la aspiración romántica moderna a un único amor, en la posmodernidad se aspira a contabilizar diversas experiencias amorosas, cada una cerrada sobre sí misma, autocompletada, y sin sentido de continuidad: cada “historia” es un fragmento separado de los otros fragmentos (Illouz, 2009). Dirá Fisher (1992) que la nueva forma de entender la fidelidad es como “un amorío a la vez”. En tanto “intensidades” reales o potenciales, los amoríos son episodios de alto impacto fisiológico, emocional y cognitivo (Illouz, 2009); contrastan con el tedio de las calamidades cotidianas, las cuales, por sus redundancias, matan tanto el misterio como la imaginación erótica (valores enarbolados en la versión del amor-pasión).

Los amoríos, además, se distinguen por la desdramatización de su significado; dado que las relaciones son transitorias y renovables, el sentido de pérdida no encierra el carácter trágico que podía implicar en la narrativa del amor único y eterno. Por su superficialidad, Bauman (2005) lo ha descrito en términos de “amor líquido”, así como Lipovetzky (2009) lo pone en términos de “ligereza” (“relaciones de microondas”). La renovabilidad está inscrita en la lógica de la velocidad, e incluso de la inmediatez: la experiencia de la *espera* tiende a desaparecer del umbral de lo deseable. Ello se ve reflejado emblemáticamente en la sustitución del *cortejo* (proceso de largas pruebas ante el grupo familiar) por la *cita romántica*, la cual es individual, sin ataduras y disfrutable en sí misma (Illouz, 2007, 2009).

Los “amoríos” transcurren generalmente al margen de la rutina familiar y laboral, procurando ignorar los límites sociales tradicionales. Busca un tiempo excepcional, porque el tiempo normalizado carece del enigma exótico de lo desconocido (Illouz, 2007, 2009). Por otro lado, en los amoríos los individuos tienden a cierto nomadismo sexual, alentados por la idea de que “siempre es posible encontrar algo mejor”; la *ilusión de abundancia* reafirma la autonomía del sujeto como ser que decide sobre sí mismo, al tiempo que realimenta su identidad consumista y desalienta el compromiso a largo plazo (Illouz, 2007, 2009; Bauman, 2005).

En tanto vivencias fugaces y eufóricas, los amoríos son más susceptibles de ser recordados como “aventuras” vividas en la esfera del ocio, las recreaciones y el juego (y no en la esfera de la producción y las obligaciones, donde florecen más bien las relaciones estables) (Illouz, 2009). Es claro que este modelo de romance es antitético a la institución del matrimonio tradicional, el cual es visto como semillero de la monotonía, la domesticidad y el atrapamiento. Desde la moral antimodernista, no es necesario casarse para amar, ni reproducirse para tener sexo, ni compartir la domesticidad para estar en relación con alguien. El único guion es que no hay guion. Para que se mantenga vigente la institución matrimonial -en un escenario tan adverso- es menester crear condiciones que permitan desligar al matrimonio de las clásicas exigencias de domesticidad y parentalidad obligatorias. Es posible, por ejemplo, que un matrimonio viva en casas separadas, como las parejas LAT (Living Apart Together), que decidan no tener hijos (pueden reemplazarlos con mascotas. que no se quejan), y es deseable que introduzcan en su “matrimonio hedonista” suficientes dosis de aventura, ocio y diversión, para lo cual hay disponible una lucrativa industria para adultos: viajes, turismo romántico, hoteles

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

exclusivos para parejas, regalos románticos, gastronomía para días especiales, y “ayudas” de diversa índole: sexología clínica, terapia de pareja, Viagra, pornografía, Consejería, *Couching*, mindfulness, meditación, constelaciones, etcétera) (Illouz, 2009).

La idea es que, como institución, el matrimonio debe reformularse, o morirá prematuramente. Sin embargo, en ese camino hacia el cambio, el matrimonio se ve más sobreexigido que antes: en dicha relación, debe hallarse amistad, sociedad, compañerismo, esfuerzo, arte, creatividad, manejo terapéutico, locuacidad, reciprocidad, compatibilidad, pasión, éxtasis, productividad, pero sobre todas las cosas, diversión y felicidad.

5) Amor como Ecología de la Confirmación

En la perspectiva *ecológica* (o *ecosistémica*) hay un cambio de mapa muy marcado: se alude al amor como una *atmósfera* propicia para el desarrollo vital. Dicha atmósfera reúne condiciones variadas, irreductibles e insustituibles, y su marco de abordaje no admite simplificaciones. Se trata de un enfoque complejizador, que rompe con las pretensiones de ofrecer un modelo estandarizado o totalizante.

Una forma de pensar metafóricamente la relación amorosa en estos términos *ecosistémicos* es a través de la imagen de una *incubadora*, la cual consiste en una especie de *útero artificial* en el cual el neonato puede hallar condiciones de temperatura, oxígeno y humedad compatibles con la vida. En tal sentido, puede considerarse que dicho hábitat le resulta *nutricio*, en tanto le suministra al neonato las condiciones necesarias para subsanar los déficits específicos en su situación inicial. Ciertamente, la incubadora no garantiza su supervivencia, ya que la vida depende de una pluralidad de factores. Pero le proporciona un ambiente favorecedor que, en muchos casos, aumentará sus probabilidades de sobrevivir. Esa incubadora (que sería la relación) puede significar para un individuo la posibilidad de ser nutrido, y de poder así nutrir a quien lo nutre.

Ahora, si bien el buen funcionamiento de una incubadora representa beneficios para el desarrollo, su malfuncionamiento podría perjudicar. Al colocar a un neonato en una incubadora, se corre el riesgo de lesión o muerte por fallas en los termostatos (que monitorean la temperatura del aire, pudiendo causar la muerte por hipertermia o hipotermia); podrían también presentarse fallas que causen choques eléctricos, o que alteren la dosificación de oxígeno (causando hipoxia o hiperoxia), entre otras muchas contingencias posibles. Pues bien, así como ser colocado en una

incubadora puede ser la experiencia temprana más *nutricia*, pero también la más letal, participar en una relación de pareja supone esa misma dualidad. Desde este enfoque, se considera que una atmósfera (o ecología) es *nutricia* cuando, en el campo relacional de la pareja, hay suficientes componentes *cognitivos, emocionales y pragmáticos* como para permitir la mutua *confirmación* de sus miembros como seres *bio-psico-sociales* (Linares, 2006; Kreuz Smolinski, 2018). Es importante aquí subrayar que, así como en la incubadora los factores no son sustituibles (por ejemplo, un exceso de humedad no contrarresta la carencia de oxígeno), en la nutrición relacional el *equilibrio* es clave. Que los miembros de la pareja puedan pensarse, sentirse y tratarse como seres nutridos y nutricios, habilita en ambos un apego seguro que brinda el soporte necesario para fortalecer su identidad adulta (Kreuz, 2018). Por el contrario, cuando la nutrición no llega a ser *bidireccional*, y se da de forma asimétrica (alguien nutre sin ser nutrido), se forja una conyugalidad parentalizada, propia de una relación complementaria.

Hemos dicho anteriormente que la relación de pareja, como *ecosistema amoroso*, favorece la *confirmación* recíproca en una triple dimensión biológica, psicológica y social (equiparable con los aportes vitales de una incubadora: oxígeno, temperatura y humedad). Veamos cada dimensión según Kreuz (2018):

- *Confirmación biológica*

Una persona es biológicamente confirmada cuando es reconocida en su *corporalidad*. No puede decirse que el ser humano “tenga” un cuerpo, sino que “es un cuerpo”. La corporalidad es nuestra forma de “estar en el mundo” a través de las necesidades biológicas más básicas. En el contexto de la pareja, la sexualidad constituye una dimensión muy importante de la corporalidad, aunque no la única. Ahora, como ya se advirtió, en el amor complejo no sólo se trata de ser nutrido sino de nutrir al que nutre. Esto implica que las necesidades biológicas de cada uno sean identificadas, respetadas y atendidas, pero también que exista un grado de maduración neurocerebral que permita en ambos la performance de habilidades sociales elementales, como lo es la conducta empática. Las biológicas de cada una de las partes del sistema relacional de la pareja están enlazadas. Afirma Kreuz Smolinski (2018):

“En la pareja, cada uno de los cónyuges funciona como regulador de los procesos neuropsicológicos del sistema nervioso autónomo del otro,

tanto para la excitación como para la calma”. (p. 154).

- *Confirmación Psicológica*

Confirmarse psicológicamente supone reconocer y ser reconocido como sujeto capaz de conocimiento, de procesamiento de la información, de discernimiento, de argumentación propia, de autonomía de criterio, de identificación de las emociones, de toma de decisiones racionales, entre muchas otras experiencias psicológicas de índole personal y relacional. Nuevamente aquí se presenta la sincronización: para validar psicológicamente a la pareja, uno debe tener la capacidad de representación del mundo mental y emocional del otro. Por ejemplo, la experiencia de la comprensión depende, en gran medida, de entender (o atribuir) motivos e intencionalidades en la otra persona (Kreuz Smolinski, 2018).

- *Confirmación Social*

La confirmación social tiene que ver con la posibilidad de adquirir un sentido de identidad relacional ante los terceros. Básicamente, remite a la cuestión de ser validado (y validar) a la pareja ante el grupo de pertenencia, y que dicha relación sea a su vez reconocida como una unidad estable y diferenciada de las respectivas familias de origen y de los demás sistemas relacionales. En la relación nutricia, se dan condiciones para desarrollar el rol social aceptado por ambos, evitando que un rol anule al otro (por ejemplo, evitando que una parentalidad absorbente y sobrecargada socave la conyugalidad). Ciertamente, las modalidades de confirmación social van cambiando a lo largo de la historia, pero no desaparecen. En la actualidad, por ejemplo, la unión libre ha desplazado al ritual del casamiento, pero han surgido nuevas formas de ritualización (por ejemplo, actualizar el “estado” en Facebook) (Kreuz Smolinski, 2018).

A modo de recapitulación, una ecología es amorosa cuando las necesidades y deseos de los miembros de la relación están *suficientemente* satisfechos en los niveles mencionados (bio-psico-social). Ahora se examinará un ejemplo clínico, que sirva como observatorio de las cuestiones que se han venido planteando.

Relatoría de un Caso Clínico: Belén

“Belén (de 32 años) llega a consulta sumida en una profunda desesperación. Ha terminado una relación de pareja con Jaciel (de 40). Ella vive en Monterrey, y él en California. Nunca se han visto personalmente, pero ella afirma que está muy enamorada, luego de un año en que intercambiaron

largas horas de videochat. Belén está casada con Darío (42) desde hace 8 años, tienen dos hijos (de 5 y 7). Según dice, su matrimonio está estancado y aunque los dos han hecho grandes esfuerzos por mejorar, ella se siente frustrada y sobrecargada en el rol de madre y esposa. Desde hace tiempo ha querido volver a estudiar para terminar el bachillerato, pero dice no tener el apoyo económico de su marido ni quien le cuide los hijos. Él es proveedor único en la familia (trabaja en una tienda de muebles). En las horas en que queda sola en la casa, Belén se conecta a las redes sociales. Relata que a Jaciel lo conoció en un sitio web de citas (en el cual ella estaba desde antes de casarse con Darío). Cuenta que, por las redes sociales, conoció varias parejas, pero menciona que con Jaciel es “historia aparte”, como si “el destino se lo hubiese puesto en el camino”: dice que Jaciel le cambió la vida, que hubo una atracción irresistible desde el principio y que con él puede hablar horas y horas, “contarse todo”. Comparten afinidades y gustos, los dos sueñan con viajar por el mundo, “juntos pero libres, sin ataduras”. Afirma que con Darío se casaron por el embarazo, pero dice que la relación entre ellos no ha sido buena: no tienen comunicación, cada uno “está en su mundo”. Dice que recién ahora se está dando cuenta de que Darío y ella no son compatibles en casi nada, y que ella ha puesto en la relación mucho más que él. Destaca que la pareja ha cancelado la sexualidad cuando se agravó la salud de Darío (que padece vitiligo). Belén afirma, con desdén, que prefiere no ver el cuerpo de su esposo y que no siente deseo de tener relaciones con él; refiere que la piel manchada de Darío la impresiona y que, además, él tiene etapas de profunda “depresión” en las que se “encierra en su caparazón”. Agrega que, con Jaciel, habían planeado encontrarse en el mes de noviembre, aprovechando que ella viajaría a California para visitar a familiares. Sin embargo, Jaciel desapareció abruptamente del chat, del celular y de todo medio de comunicación. Belén no sabe qué pasó. Él la bloqueó de todas sus redes sociales y de su teléfono. Recientemente, una amiga ingresó al Facebook de Jaciel y constató que en su perfil hay actividad; desde entonces, Belén se ha hecho a la idea de que su esposo, Darío, se ha enterado y ha amenazado a Jaciel y lo ha obligado a cortar de tajo con la comunicación entre ellos. Se siente muy ansiosa y a la vez enojada con su esposo porque lo cree culpable de este desenlace con Jaciel. Actualmente Belén ha vuelto a las redes sociales y está armando un nuevo perfil para ingresar a un sitio de citas; dice que espera conocer a alguien que la pueda rescatar de la amargura en la que se encuentra”.

Análisis del Caso

Esta breve relatoría sobre el *Caso Belén* permite trazar una comparación de las distintas concepciones de amor que convergen en un momento dado y se articulan de manera conflictiva. Entre corchetes, se indicará la concepción de amor que Belén da por sentada al momento de relatar su historia, recordando que las numeraciones corresponden a: (1) amor como pasión irracional; (2) amor como mérito; (3) amor como intimidad verbalizada; (4) amor como diversión; (5) amor como ecología confirmadora.

En primer lugar, cuando Belén habla de “enamoramamiento”, lo asocia con “*una atracción irresistible desde el principio*”, lo cual no tendría sentido si no se concibiera al amor como una fuerza indetenible que puede cambiar drásticamente el sentido de la vida. Belén describe esa experiencia como tratándose de un fenómeno impredecible e irracional [concepción 1]. De hecho, exalta a Jaciel como diferente de las demás parejas que ha tenido, incluido su marido. Más allá de la persona en cuestión, Belén le otorga a la relación de pareja un altísimo potencial para influir sobre su vida, para bien o para mal. A pesar de que ella tiene muchos otros problemas (familiares, económicos, legales), apunta a su situación de pareja como “la” causa de sentirse desolada. La narrativa que ella se cuenta a sí misma acerca de la relación con Jaciel se enmarca fácilmente dentro del discurso del “Gran Amor”: lo describe como “historia aparte”, e incluso le adjudica al destino un poder determinista que le hace pensar que, conocer a Jaciel, estaba preestablecido [concepción 1].

Ahora bien, en su relato aparecen otros elementos que *contrastan* con la gran narrativa del amor total hacia Jaciel. Cuando tiene que referirse a la situación con su esposo, Darío, se nota agobiada porque no recibe de él el equivalente de lo que ella ha invertido en la relación [concepción 2]. Reconoce que Darío ha intentado luchar por la relación, pero ella se siente perdedora y tiende a autovictimizarse. Si bien asume con naturalidad que su esposo sea el único sostén económico de la familia, reniega de la larga lista de obligaciones inherentes a su doble rol de madre y esposa (pero esa queja la hace con sentimiento de culpa, ya que siente que es antinatural dudar de su “instinto maternal”). La inconformidad de Belén con Darío no tiene sólo que ver con que no hubo “flechazo” [concepción 1], sino que, como “equipo”, no han logrado nada, están “*estancados*” [concepción 2]. Al mencionar que el matrimonio se consumó de manera instrumental (“por el embarazo”), se da a entender que consistió más en cumplir con un guion social que con un acto

desinteresado de entrega incondicional. No obstante, parece insinuar que su elección no fue acertada, ya que se ha percatado de que ella y su esposo no son “compatibles” [concepción 2]. Al colocar en el centro esta idea de la compatibilidad psicológica, Belén puede construir una explicación más asequible para sí misma y para los demás: si no son compatibles, la sociedad marital estaba destinada a fracasar. Probablemente, Belén cree que la elección de pareja que hizo se basó en premisas falsas, lo cual se hace visible ahora que “pone las cosas en la balanza”. Sometida a disección racional, la relación ya no parece sostenible ni “conveniente” [concepción 2]. En referencia a esta *compatibilidad* que, según Belén, debería existir para que la relación entre ella y su esposo pudiera ser satisfactoria [concepción 2], hay que advertir algo muy relevante: Belén conecta la incompatibilidad con la “falta de comunicación”, y esta última con la falta de intimidad (“cada uno está en su mundo”) y con la falta de amor [concepción 3]. Por su propia cuenta, Belén ha buscado información sobre la depresión que, según ella, padece Darío. Está convencida de que es una enfermedad incurable, y ella cree que la renuencia de él a conversar de sus emociones (“meterse en su caparazón”) es la causa principal del enfriamiento de la relación [concepción 3]. Para hablar de sus problemas con Darío, Belén usa un lenguaje altamente psicologizado y psiquiatrizado. Más que *describir*, construye un mapa desde el cual es posible encontrar en el silencio de Darío “la” causa del conflicto [concepción 3]. Dado que él no está imbuido de los guiones culturales emanados del *ethos* terapéutico, ella no considera que la intimidad entre ellos pueda ser viable [concepción 3]. Lo contrario le ocurre con Jaciel: pueden hablar interminablemente (“horas y horas”) y entonces ella deduce que son muy “compatibles”. Ve allí el germen de una intimidad venidera [concepción 3]. La locuacidad que tiene lugar en sus conversaciones a través de la pantalla de la computadora ocupa el eje central de la relación. Mediante esos intensos intercambios verbales que comparten Belén y Jaciel, crean la ilusión de la compañía, de la confianza, de la complicidad, de la cercanía. La presencia verbalizada y locuaz de ese Otro acorta la distancia geográfica y desdibuja las diferencias [concepción 3]. En esas conversaciones, puede ser “auténtica” (“nos contamos todo”), aunque esa autenticidad esté sólo tejida de narrativas. Y en esa ebullición de pláticas que van y vienen aflora la fantasía posmoderna del amor hedonista: “viajar por el mundo, juntos pero libres, sin ataduras”; salirse de los opresivos roles de esposa y madre, cortar las cadenas del compromiso, zambullirse a la diversión con el entusiasmo y la despreocupación de un niño [concepción 4]. Jaciel representa la abstracción del

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

tiempo, y del espacio; el “tiempo fuera” de las reglas de funcionamiento conyugal y familiar. Representa el momento efímero pero intenso (el viaje, la conexión), lo inusual, el ideal de aventura, de vitalidad, de juventud [concepción 4]. Sin embargo, Jaciel también es efímero: Belén necesita reemplazarlo lo antes posible (“armará un nuevo perfil en un sitio web de citas”). Necesita el impacto fisiológico, emocional y cognitivo que hallaba en esos gozosos diálogos con Jaciel; su pérdida es un drama espectacularmente breve: una mezcla de frustración por lo que se apagó y de ansiedad por lo que se encenderá. Lo importante es volver a sumergirse en la búsqueda y dejar de sufrir lo más pronto posible [concepción 4].

¿Qué mapa podría aquí esbozarse de la situación de Belén desde una perspectiva *ecológica* del amor? ¿Podría considerarse la relación de Belén y Darío como *nutricia*? ¿Funciona a la manera de una *incubadora* relacional? ¿Hay un equilibrio de componentes *cognitivos, emocionales y pragmáticos* que favorezca la mutua *confirmación* de Belén y de Darío como seres *bio-psico-sociales*?

Comencemos por la experiencia de la *confirmación biológica*. Belén y Darío son, ante todo, dos cuerpos en relación, atravesados por déficits nutricios importantes. Darío tiene una condición biológica negada: está enfermo de vitiligo (un trastorno dermatológico psicosomático), y Belén, que no quiere ver ni tocar su piel manchada (bajo el pretexto de “no avergonzarlo”), reafirma ese autorrechazo. En su corporalidad, Darío es una persona abandonada por su pareja, un cuerpo que no recibe cuidados ni aceptación. No obstante, en la relación, Belén también es negada en su corporalidad: ha dejado de existir como ser sexualizado. Incluso en la relación con Jaciel, Belén vuelve a ser corporalmente inexistente: él desaparece de su vida antes de poder concretar ese encuentro cuerpo a cuerpo; se ha desvanecido la expectativa de poder acceder al otro de manera global (y no fragmentaria, como acontece en la comunicación virtual, en la que se accede a las palabras, o a la voz, o a la imagen, pero no a la totalidad de la persona). Su corporalidad vuelve a quedar en *stand-by*.

En cuanto a la *confirmación psicológica*, el contexto de la relación vuelve a ser *deficitario*. Belén piensa en Darío como una persona incapaz de expresar adecuadamente sus emociones; para ella, la comunicación que cuenta es la verbalizada. Parecería que los silencios y los ausentamientos de él no dicen nada; incluso daría la sensación de que su enfermedad es muda. Cuando Darío se retrae, ella interpreta que él huye hacia sí mismo. Y aunque ese retraimiento pudiera tener múltiples

significados, ella lo reduce a una sola cosa: la incapacidad de él de mapear su mundo interior. Por otra parte, Belén se explica la desaparición de Jaciel como producto de una amenaza, probablemente de su marido. No piensa en Jaciel como alguien capaz de tomar por cuenta propia la decisión de retirarse de la relación “sin previo aviso”. Al representarse el campo cognitivo de Darío, Belén lo imagina como poblado de intenciones de vengarse de ella amenazando a Jaciel, pero no se lo puede representar sufriendo por la tercerización en la relación, o por su vulnerabilidad ante la enfermedad. También minimiza la capacidad de Darío de darse cuenta de lo que está ocurriendo. Lo considera crédulo y fácilmente engañable (por ejemplo, cuando hacía planes para encontrarse con Jaciel). Ahora, ella tampoco ha encontrado, en la relación, la confirmación psicológica que necesita. Darío no parece ver más allá de la situación material de Belén; ciertamente ella tiene una vida relativamente resuelta porque no debe salir a trabajar, pero esa comodidad económica no compensa otros deseos que tienen, para ella, un valor personal (por ejemplo, seguir estudiando). Ella siente el anhelo de hacer otra cosa fuera de los roles asignados, pero no encuentra las facilidades que requiere para llevarlo a cabo. Esto tiene mucho que ver con la confirmación social, parcialmente deficitaria. Ante la mirada de los demás, siguen siendo una unidad conyugal y parental estable y cristalizada. Ambos ejercen sus roles de acuerdo con los guiones esperados (hombre proveedor, madre abnegada). Sin embargo, Belén está contrariada con los roles que ella misma eligió, y desafía el rol de esposa clandestinamente. Darío conserva el rol parental, pero el rol conyugal está escindido: hacia afuera, es un marido “ejemplar”, hacia adentro es un marido autómatas.

Evidentemente, Belén y Darío son dos soledades en compañía: *no nutren al que no los nutre*. La relación no está funcionando como una *incubadora* cuya función sea revitalizarlos y confirmarlos en la diferencia sin hostilidad ni aversión. Este sería un caso prototípico de una incubadora que, en lugar de ser compatible con la vida, lo es con la muerte. Dado que no hay un mínimo de confirmación biológica, psicológica y social entre ellos, la seguridad básica no puede emerger. El hábitat relacional que comparten es, más bien, un espacio inseguro, impregnado de ambivalencias, dobles mensajes, nuevas soledades e insondable vacío.

Conclusiones

Observar las relaciones de amor a través de la *metáfora ecosistémica* contribuye a desindividualizar los conflictos de pareja y enfocarlos

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

desde una perspectiva relacional que tiene muy en cuenta el *equilibrio nutricional* (aquí equiparado con la función de una *incubadora*). Es claro que, dentro de ese contexto ecológico, las distintas concepciones sobre el amor influyen poderosamente, creando posibilidades, pero también discordancias, desencuentros y desconfirmaciones. Esto último no es menor, sobre todo si se tiene en cuenta que la desconfirmación es la no-existencia, es decir, la muerte (relacional).

Cabría resaltar que la revisión aquí realizada no ha tenido un propósito *evaluativo*:

ninguna de las cosmovisiones abordadas puede considerarse verdadera o falsa. Más bien cada paradigma de amor tendría que ser reflexionado a la luz de las *consecuencias* que tiene sobre las relaciones *concretas*. Si bien todas esas concepciones son igualmente posibles, no todas son igualmente deseables para quienes las viven. Desde la particular condición nutricional de cada pareja, no hay dos incubadoras que deban funcionar exactamente de la misma manera. Con cada nueva pareja, nace un nuevo ecosistema, el cual supondrá desafíos nutricionales en constante movimiento y cambio.

Notas

¹ Consultar el trabajo de la socióloga crítica Eva Illouz (2012). Véanse también Kreimer (2004), Jankowiak (1992), Goleman (1992), Giddens (1995), Duch (2009), Fisher (1992).

² La revisión de los cinco modelos de amor está anclada en bases conceptuales ya desarrolladas por importantes autores. Con respecto a los cuatro primeros modelos (el amor como pasión irracional, el amor como mérito, el amor como intimidad verbalizada y el amor como diversión), el presente artículo resume varias de las afirmaciones realizadas por Illouz, 2009; 2007; Asimismo, en el caso del Amor-como-Diversión se retoman ideas de Bauman, 2005 y Lipovetzsky, 2009; 2007; 2008. Para el quinto modelo de amor, el ecológico-complejista, se tomaron como referentes la propuesta de Linares, 2006 y de Kreuz Smolinski, 2018.

³ El bolero se llama “El Reloj” y es de la autoría del compositor mexicano Armando Manzanero.

Referencias

- Bateson, G. (1979). *Mind and Nature*. New York, NY: Bantam Books.
- Bauman, Z. (2005). *Amor Líquido. Acerca de la Fragilidad de los vínculos humanos*. Versión en español. Buenos Aires: FCE.
- Bourdieu, P. (1991). “Estructuras, Habitus, prácticas”. *El sentido práctico*, Madrid: Taurus, pp. 91-111.
- Cortázar, J. (1963). *Rayuela*. Paris: Pantheon Books.
- Duch, L. (2009). *Ambigüedades del amor. Antropología de la vida cotidiana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Fisher, H. (1992). *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*. Barcelona: Anagrama.
- Frank, R. (1988). *Passions within reason*, Nueva York: W. W. Norton.
- Fromm, E. (1956). *The Art of Love*. New York: Harper and Row.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Goleman, D. (1992). “After Kinship and Marriage, Anthropology Discovers Love”, *The New York Times*, 24 de noviembre.
- Hirschman, A. (1979). *Shifting involvements: Private interest and public action*. Princeton: Princeton University Press.
- Illouz, E. (2007) *Intimidades Congeladas. Las emociones en el Capitalismo*. Versión en español. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Illouz, E. (2009) *El Consumo de la Utopía Romántica. El amor y las contradicciones Culturales del Capitalismo*. Versión en español. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Illouz, E. (2010) *La Salvación del Alma Moderna. Terapia, Emociones y la Cultura de la Autoayuda*. Versión en español. Barcelona: Editorial Katz.
- Illouz, E. (2012). *Why Love Hurts? A Sociological Explanation*. Cambridge: Polity Press
- Jankowiak, W. (y E. Fischer) (1992) “A Cross-Cultural Perspective on Romantic Love”, *Ethnology*, vol. 31, n° 2. Pp. 149-155.

La polisemia sociológica del “Amor” y las relaciones de pareja

- Kreimer, R. (2004). *Falacias del Amor. ¿Por qué Occidente anudó Amor y Sufrimiento?* Buenos Aires: Editorial Anarres.
- Kreuz Smolinski, A. (2018). “Terapia sistémica con parejas” en Moreno, Al. (Ed.). (2018) *La práctica de la Terapia Sistémica*. Bilbao: Edit. Brouwer. Pp. 147-176.
- Lipovetzky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Versión en español. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetzky, G. (2008). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetzky, G. (2009). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Versión en español. Barcelona: Anagrama.
- Linares, J. L. (2006). “Complex love as relational nurturing: an integrating ultramodern concept”. *Family Process*, 45(1). Pp. 101-115.

Fecha de Recepción: 23.09.2019

Fecha de Aceptación: 31.03.2020